

NUEVA BIBLIOTECA DE LA LIBERTAD
Colección dirigida por
Jesús Huerta de Soto

LA ENVIDIA
Y LA SOCIEDAD

HELMUT SCHOECK

LA ENVIDIA
Y LA SOCIEDAD

—Tercera edición—



Unión Editorial

2022

Título original: *Der Neid und die Gesellschaft*.
Verlag Karl Albert GmbH,
Friburgo/Munich, 1968.

© 1983 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
© 2022 UNIÓN EDITORIAL, S.A. (Tercera edición)
c/ Galileo, 52 - 20015 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-882-4
Depósito Legal: M. 22.580-2022

Compuesto e impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Printed in Spain · Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A..

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

El año de publicación de esta tercera edición de uno de los grandes títulos de nuestro catálogo, *La envidia y la sociedad*, de Helmut Schoeck, se celebra el centenario del sociólogo y antropólogo germano-austriaco. El autor debe su fama, en buena medida, a la aparición en 1966 del libro que el lector tiene en sus manos, cuya primera traducción en inglés llegó en 1969 para convertirlo en uno de los grandes *best-sellers* académicos de la época. Traducido a más de diez idiomas, el debate que inició el autor continúa hasta nuestros días.

La obra de Schoeck dialoga, y no de manera casual, con otras de nuestro catálogo. Y es que uno de los grandes hallazgos del liberalismo contemporáneo ha sido entender que la envidia es connatural al colectivismo, y más concretamente, a la concreción socialista del mismo. Más de cuatro décadas antes de que Schoeck publicara *La envidia y la sociedad*, Ludwig von Mises presentaba una de sus obras capitales, *Socialismo* –que cumple también cien años este 2022–. En ella, se constataba cómo la envidia –la preocupación antes por la desigualdad que por la pobreza y la necesidad– se hallaba en los cimientos de la izquierda política. En 2015, el filósofo venezolano Guillermo Rodríguez González publicaba en esta casa *Libres de envidia*, un tratado que ligaba las tendencias atávicas y tribales de la sociedad con el más perverso de los sentimientos: la tristeza o resentimiento ante el bien ajeno. En estos últimos meses, ha visto a la luz, además, *Los ricos ante la opinión pública*, superventas del historiador alemán Rainer Zittelmann y claro heredero de la investigación de Schoeck; una obra que, usando como principal herramienta una encuesta internacional realizada por el autor, halla en el desprecio al pudiente razones que tienen que ver antes con la envidia que con los ideales nobles que el colectivismo se arroga.

Todos ellos son trabajos extraordinarios y, a excepción del de Mises, deudores de *La envidia y la sociedad*, de Helmut Schoeck. Lo relanzamos en tiempos de auge de un populismo colectivista que busca culpar al emprendedor, al trabajador exitoso, al heredero próspero, de males que son, con escasas excepciones, sistémicos. Este clásico es uno de los pocos libros que explora extensamente las muchas facetas de la envidia, «un impulso que se encuentra en el centro de la vida del hombre como ser social», escribe el autor. Abarcando ampliamente la literatura, la filosofía, la psicología y las ciencias sociales, el profesor Schoeck aclara las consecuencias tanto constructivas como destructivas de la envidia en la vida social. Quizás lo más importante es que demuestra que no solo el ímpetu hacia un régimen totalitario, sino también el impulso igualitario en las comunidades democráticas, pueden enraizar a nuestras sociedades en la envidia.

Madrid, 8 de marzo de 2022

PRÓLOGO

Esta obra es una edición resumida de mi libro *Der Neid. Eine Theorie der Gesellschaft* (La envidia. Una teoría de la sociedad), destinada a un círculo más amplio de lectores. Comparada con la edición original, en todos los capítulos de esta edición resumida se han suprimido algunas líneas, pero los capítulos que faltan (esta edición tiene 12 capítulos, frente a los 22 de la original) no han sido simplemente eliminados, sino que han pasado a otros capítulos o bien aparecen con títulos nuevos. Las numerosas transposiciones de textos dentro de un mismo capítulo, o incluso de un capítulo a otro, responden al propósito de exponer con mayor claridad el hilo rector del pensamiento y las pruebas pertinentes. En algunos capítulos se han introducido secciones nuevas.

Son muy numerosas, a lo largo de toda la obra, las frases a las que he dado una nueva formulación. Algunas de estas modificaciones obedecen a las objeciones o sugerencias que han ido surgiendo en conversaciones privadas o en coloquios mantenidos desde la publicación del libro, a finales de 1966. De todas formas, no debe considerarse esta edición resumida como una respuesta exhaustiva a las críticas aparecidas hasta el momento. Reservamos para una futura edición ampliada y totalmente reelaborada del escrito original el estudio detallado de estas críticas.

La edición inglesa de este libro lleva el subtítulo «Una teoría del comportamiento social». He preferido dar a esta edición abreviada el título «La envidia y la sociedad». Al introducir estas modificaciones no pretendo en modo alguno rechazar el subtítulo original. Esta investigación sobre la envidia intenta explicar —a modo de

teoría, y con la ayuda de diversas hipótesis— cómo se ha llegado a establecer una serie de normas determinadas de comportamiento que actúan en todo grupo y en toda sociedad, sin las que no es posible la convivencia social, pero que, por otra parte, pueden degenerar también en peligrosas agresiones y crear enormes obstáculos para la acción. No tiene sentido querer analizar las estructuras sociales sin intentar antes comprender cuáles son los impulsos humanos que crean, soportan, modifican o destruyen estas estructuras.

Para mantenernos dentro de los límites previamente señalados a este libro, las notas dan sólo la documentación más importante. En muchos casos el mismo texto indica ya la fuente de donde se toman las citas o los datos. En los demás casos, basta consultar la página de la nota concreta que interesa para conocer los datos relativos a las fuentes.

HELMUT SCHOECK

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR A LA PRESENTE EDICIÓN	5
PRÓLOGO.....	7
CAPÍTULO I: EL HOMBRE COMO SER ENVIDIOSO	15
El mundo desde el punto vista del envidioso.....	18
La soledad del envidioso	20
Suerte y desgracia	21
La envidia, ¿un concepto reprimido?.....	25
Actuar como si la envidia no existiera	27
La envidia en el lenguaje	28
La envidia en los refranes.....	34
Admitir la propia envidia	38
CAPÍTULO II: PSICOLOGÍA DE LA ENVIDIA.....	41
La envidia en la perspectiva de Sigmund Freud	45
Función social de los celos sexuales	50
¿Evitación de la envidia también entre los animales?	52
CAPÍTULO III: CONFORMISMO, CONFLICTO Y AGRESIÓN ...	57
Conformismo y evitación de la envidia.....	59
Individuo y grupo.....	62
Poder e igualdad.....	64
La envidia en la sociología del conflicto	66
Conflictos sin envidia	69
Ambivalencia sociológica.....	70
La envidia según Georg Simmel.....	72
¿Celos o envidia?.....	73
El crimen por envidia	74

Vandalismo	79
Construcción por envidia	81
Teoría del delincuente de Erich Fromm	82
La culpa de los atacados	85
¿Por qué la sociedad de todos iguales y sin envidia?	87
CAPÍTULO IV: LOS DATOS DE LA ETNOGRAFÍA	91
¿Hay sociedades sin envidia?	93
Hechicería envidiosa	99
Envidia y sospecha de brujería	101
Los lovedu	107
Total ausencia de espíritu competidor	110
Hechicería por envidia contra lo desconocido. La envidia ante las perspectivas de futuro de los demás	112
Consecuencias para los países subdesarrollados y para una política del desarrollo	116
Envidia institucionalizada	117
El miedo al mal de ojo	119
«Quien me ayuda es mi enemigo»	120
El crimen de ser presidente de la comunidad	122
Miedo al éxito	124
El cortocircuito de los países subdesarrollados	126
CAPÍTULO V: LA ENVIDIA DE LOS DIOS Y LA FELICIDAD DE LOS HOMBRES	129
El regreso al hogar de Agamenón	130
El concepto del destino en los griegos	132
Némesis	135
Modo de proceder frente a la envidia de los dioses	137
«¡Prohibido alegrarse!»	139
La ética del Nuevo Testamento y el mundo moderno	142
Suerte, desgracia, azar y oportunidad	144
Satisfacción	146
CAPÍTULO VI: EL SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD DE LOS DESIGUALES	149
La conciencia social de la personalidad igualitaria	153
La culpa de generar envidia	154
Se tú mismo	156
El viaje de vacaciones «socialmente permitido»	160

ÍNDICE

Justicia social	162
El masoquismo de Occidente	164
¿Ética de los sentimientos o de la responsabilidad?	165
La ingratitud como síntoma de la envidia	167
La psicología de la ingratitud	169
CAPÍTULO VII: TRATO CON ENVIDIOSOS	173
¿Hipoteca en el Banco Mundial del Destino?	176
El cándido y el envidioso	178
El miedo al motivo de la envidia	183
La psicoterapia de un joven envidioso	185
La envidia como causa de enfermedades	188
Juri Olescha: «Envidia». El problema de la envidia en la sociedad soviética	190
El envidioso y el comisario	191
¡Las cosas no me quieren!	193
CAPÍTULO VIII: NUESTRA ÉPOCA DE LA NIVELACIÓN, DEL RESENTIMIENTO Y EL NIHILISMO	195
La época de la nivelación	198
Friedrich Nietzsche	201
La envidia de los griegos	202
Gozo del mal ajeno	203
Resentimiento	205
Max Scheler	207
Tipos de resentimiento	210
El «eudemonismo social» en la sociopolítica	211
Eugene Raiga y la envidia en Francia	213
CAPÍTULO IX: ESTRATEGIAS DE LA ENVIDIA EN LA POLÍTICA SOCIAL, ECONÓMICA Y FINANCIERA DE LA ÉPOCA ACTUAL	217
Igualdad de oportunidades	218
Tipología de la envidia en la política	221
La utilización de la envidia es, de suyo, neutral	223
El auténtico error del socialismo	225
El sentido de la injusticia	227
Los grandes ingresos «socialmente justificados» en la sociedad socialista de la escasez e «injustificados» en la sociedad libre de la opulencia	228

La política económica de la más pequeña envidia del mayor número	230
Economía del bienestar o de la opulencia	231
¿Significa «justicia social» menos para todos?	233
El denominador común de todos los socialistas	243
Lujo y consumo de influencia y prestigio	246
La legislación suntuaria	247
Quien se entrega al lujo, provoca envidia	249
Consumo permitido de influencia y prestigio	250
¿Por qué el lujo sigue siendo políticamente posible?	251
Codicia y renuncia al consumo	253
CAPÍTULO X: LA SOCIEDAD LIBERADA DE LA ENVIDIA:	
UNA UTOPIA	259
Sentido de la justicia y ausencia de envidia	260
El kibbutz como laboratorio de la igualdad	261
¿Forma social del futuro?	263
El problema de autoridad en el kibbutz	265
Los motivos de los fundadores	267
Los niños de los kibbutzim	269
El pecado de estar solo	271
Martin Buber y el kibbutz	273
Los celos de grupo	276
La liberación de la envidia, tarea de cada persona, no de la sociedad	276
Propiedad privada	279
Alquiler en vez de propiedad	281
¿Justicia distributiva?	284
La novela utópica «Facial Justice», de L.P. Hartley	286
El Centro de Igualación de Rostros	288
Envidia e igualdad en la utopía	288
CAPÍTULO XI: REVOLUCIONES SOCIALES	
Características de la envidia justificada	295
Espacio libre para los envidiosos	301
Tipos de situación revolucionaria	303
El papel de los envidiosos en las innovaciones	305
El culto a la pobreza	308
Las metas de la envidia en las avanzadas de la revolución	312

ÍNDICE

CAPÍTULO XII: UNA TEORÍA DE LA ENVIDIA EN LA	
EXISTENCIA HUMANA	319
La envidia amansa el poder	322
Los límites de la envidia	324
La presión de la envidia como factor de civilización	327
La significación de la envidia en la historia tribal del hombre ..	329
La capitulación ante los envidiosos	332
ÍNDICE DE NOMBRES	339

CAPÍTULO I

EL HOMBRE COMO SER ENVIDIOSO

En las más diversas épocas de la historia, en todos los estadios evolutivos de la cultura, en casi todas las lenguas y en cuanto miembros de las más diversas sociedades, han sabido los hombres —y así lo han destacado como algo enteramente peculiar— que uno de los problemas fundamentales de su existencia es el sentimiento de la envidia, el sentimiento de envidiar y ser envidiado.

La envidia constituye uno de los problemas nucleares de la existencia social, un problema que surge apenas dos organismos superiores pueden compararse entre sí. Al menos una buena parte de este dispositivo impulsivo, que empuja casi como a la fuerza a compararse a los demás, se halla ya biológicamente inserta en los niveles inferiores al hombre. Pero es en el hombre donde ha alcanzado una importancia singular. El hombre es un ser envidioso, que sin los obstáculos sociales con que tienen que enfrentarse los que son envidiados, nunca hubiera sido capaz de desarrollar los sistemas sociales de que tenemos que servirnos incluso en las sociedades modernas.

Pero el hombre en cuanto ser envidioso puede disparar mucho más allá del blanco y crear o desencadenar obstáculos que dificulten la capacidad de adaptación de un grupo a las nuevas circunstancias ambientales. El hombre, movido por la envidia, puede convertirse en destructor. De hecho, la casi totalidad de la literatura que se ha ocupado hasta ahora, aunque fragmentariamente, de este tema de la envidia (ensayos, escritos amenos, tratados filosóficos, teológicos, psicológicos, jurídicos, etc.) ha visto siempre en este sentimiento un elemento destructivo, paralizante, pernicioso y atormentador. El sentimiento de la envidia ha sido condenado en todas las lenguas

y culturas, en todos los proverbios y leyendas de la humanidad. Se exhorta por doquier al hombre envidioso a sentirse avergonzado de sí mismo.

Algunas escuelas de psicología moderna han llegado casi a borrar de su vocabulario la palabra envidia y producen incluso la impresión de que este sentimiento apenas si existe como motivo primario. Pero los datos de que disponemos no permiten abrigar la menor duda sobre su potencial omnipresencia. En casi todas las lenguas, desde las de los pueblos más primitivos hasta el grupo lingüístico indo-germánico, o el chino y japonés, aparece un concepto constante que responde a la idea de envidia o de hombre envidioso. Numerosos proverbios se refieren, en centenares de variantes, a este tema, que ha sido también destacado por numerosos proverbistas y filósofos. Singular papel juega la envidia en Kierkegaard, que, curiosamente, llama también envidioso a aquel que hace envidiosos a los demás. Son abundantes las obras literarias que describen al envidioso, al menos en papeles secundarios. Por lo demás, todos nosotros hemos topado más de una vez en nuestra vida con personas envidiosas. La envidia es la gran reguladora de las relaciones interhumanas. El temor al envidioso ejerce un efecto represivo o moderador sobre innumerables acciones de los hombres.

Frente a esta patente función de la envidia en la existencia humana y frente al hecho de que, para conocerla, no es menester inventar ningún nuevo aparato conceptual, es sorprendente el escaso número de obras dedicadas al estudio expreso de este tema. Se cuenta entre ellas un ensayo de Francis Bacon; tres siglos más tarde aparece un pequeño escrito del francés Eugene Raiga y una contemporánea novela rusa. Hay también, en el siglo XIX, una novela del ya casi olvidado escritor francés Eugene Sue, algunos aforismos de Nietzsche y un estudio de Max Scheler, centrado más bien en el fenómeno especial del resentimiento.

Acaso este libro intranquilece a muchos lectores, sea cual fuere el campo ideológico en que militen. Creo, en efecto, poder demostrar dos hechos: en primer lugar, que la envidia es un fenómeno mucho más universal que cuanto, en términos generales, se ha querido admitir o incluso ver hasta ahora. Más aún, que es cabalmente la envidia la que hace posible cualquier tipo de convivencia social. Y,

en segundo lugar, considero que la envidia, en cuanto punto de apoyo, expreso o tácito, de la política social, es mucho más destructora de cuanto quieren conceder quienes han tejido a partir de ella su filosofía social y económica.

Que el prójimo sea siempre un envidioso en potencia, y esto con tanta mayor intensidad y probabilidad cuanto más próximo se encuentra, es decir, cuanto más *prójimo nuestro* sea, es uno de los datos más funestos, a veces cuidadosamente disimulado, pero siempre decisivo, de la existencia humana en todos los estadios de su cultura. La insuficiencia, la vinculación a una época determinada de ciertas filosofías sociales y teorías económicas que gozan hoy día de gran prestigio, se hace patente apenas se considera hasta qué punto parten y dependen del supuesto de que la envidia aparece en el hombre como resultado de circunstancias casuales, fortuitas, caprichosas y transitorias, sobre todo debido a las notables desigualdades, y que, por consiguiente, esta envidia llegará a desaparecer una vez eliminadas o niveladas con el tiempo aquellas desigualdades.

La mayoría de las conquistas que distinguen a los hombres actuales, con sus evolucionadas culturas y sus matizadas y diferenciadas sociedades, de los hombres de estadios más primitivos, es decir, la historia de la civilización, es el resultado de innumerables derrotas de la envidia, esto es, de los envidiosos.

Lo que los marxistas calificaban de opio de las religiones o capacidad de dichas religiones de proporcionar contento y esperanza a los creyentes en las diversas circunstancias de la vida, no es otra cosa sino la oferta de un repertorio de ideas para liberar a los envidiosos de la envidia y a los envidiados del sentimiento de culpabilidad y del temor a los envidiosos. Pero la agudeza con que los marxistas han sabido ver esta función corre pareja con su ingenuidad y la ceguera de sus doctrinas para resolver el problema, siempre presente, de la envidia, cualesquiera que sean las formas de la sociedad del futuro. Resulta difícil comprender de qué manera las sociedades totalmente secularizadas y, al fin, también literalmente igualitarias que nos ha prometido el socialismo acertarán a eliminar el potencial de envidia que todavía reste.

Pero no sólo el contenido ideal e ideológico determinante de una cultura, sino también las estructuras y procesos sociales, que a su

vez pueden ser sustentados o creados por factores ideales, ejercen su influencia sobre el *rol* que puede desempeñar el envidioso.

El mundo desde el punto vista del envidioso

Es preciso contemplar el mundo social también desde el punto de vista del envidioso. Entre el repertorio de cualidades biológicas y sociales del hombre se encuentra una cierta propensión a la envidia. Sin ella, el individuo se vería simplemente arrollado por los demás en innumerables ocasiones. Este latente sentimiento de envidia nos sirve, por ejemplo, para comprobar la idoneidad o capacidad de ciertos sistemas sociales. Antes de ingresar en una corporación o de asociarnos a una empresa, intentamos averiguar si existen en ellas estructuras que puedan proporcionar a otros o a nosotros mismos ocasión de intensa envidia. Y si se da este caso, se trata probablemente de organizaciones que no están muy capacitadas para tareas especiales. El hombre tiene que estar dotado de una envidia potencial, para poder someter a prueba su equidad en las situaciones y soluciones de problemas que se presentan una y otra vez a lo largo de su vida. Muy pocos de nosotros podemos adoptar, en nuestro trato con empleados, colaboradores, etc., una postura que se permita ignorar a ciencia y conciencia la envidia, siguiendo el ejemplo del propietario de la parábola bíblica de los jornaleros de la viña. El jefe de personal, el director de una empresa, puede ser un hombre maduro y personalmente inmune a la envidia. Pero cuando se enfrenta con el tabú de los salarios o de las normas a dictar a los equipos de trabajadores, debe saber adivinar cuáles de las medidas necesarias para la marcha de la empresa serán «aceptables» desde la perspectiva de la envidia de todos contra todos. (El concepto de «aceptable» e «inaceptable» ha tomado, desde hace algunos decenios, la función de enmascarar el sentimiento de envidia y de legitimar las apetencias —derivadas de dicho sentimiento— al ejercicio unilateral del poder.)

El fenómeno designado con la palabra envidia constituye una de las categorías antropológicas fundamentales. Se trata de un proceso anímico con un indispensable presupuesto social: la presencia de dos o más individuos. Existen pocos conceptos tan llenos como éste

de contenido real y al mismo tiempo tan sorprendentemente ignorados en la actualidad por los especialistas consagrados al estudio del hombre. Si destaco aquí la envidia como un concepto puro, coordinado con un problema igualmente puro, no con ello pretendo afirmar que gracias a este concepto, o gracias a la teoría del *rol* del envidioso, pueda explicarse ya todo cuanto acontece en la vida humana, en la sociedad y en la historia de la cultura. Existen otros diversos conceptos y procesos dentro de este mismo contexto. Existen otros aspectos de la existencia social humana que no pueden explicarse desde la posibilidad y la capacidad de envidia. El hombre no es sólo envidioso. Es también *homo ludens* y *homo faber*. Pero su sociabilidad, su capacidad de formar grupos y sociedades surge en primera línea gracias a su tendencia, siempre activa y frecuentemente subterránea, a dejarse arrastrar por la envidia.

Para conocer el *rol* del envidioso se hace preciso hoy un desenmascaramiento, un sacar a la luz y poner al descubierto similar al realizado por el psicoanálisis en el ámbito de lo erótico. Espero que ningún lector saque la impresión de que pretendo aquí elevar a categoría absoluta, de parecida y unilateral manera a como se ha hecho con el erotismo o la sexualidad, la tendencia a la envidia. La envidia no lo explica todo, pero arroja sobre muchas cosas más luz de la que hasta ahora se estaba dispuesto a conceder o incluso a advertir.

Una de las ventajas del concepto puro de la envidia es su origen precientífico. Contrariamente a lo que ocurre con conceptos tales como ambivalencia, desprivatización relativa, frustración o lucha de clases, han sido innumerables las personas que, sin considerarse especialistas en temas de sociología, han observado, ya en los primeros siglos, incluso desde hace milenios, un comportamiento siempre coincidente —la envidia—, presente en casi todas las lenguas, para el que, con suma frecuencia, descubrieron palabras que son etimológicamente equivalentes.

Un estudio lo más penetrante y exhaustivo posible del *rol* activo y pasivo de la envidia en la historia social es importante también por el hecho de que al analizar este sentimiento y su complejo de motivaciones, no se hace luz tan sólo sobre un punto nuclear de la existencia humana individual. Un juicio verdadero o falso sobre el fenómeno de la envidia, una valoración por exceso o por defecto de

sus repercusiones y, sobre todo, la infundada esperanza de poder ordenar nuestra existencia social de tal suerte que surjan hombres y sociedades desprovistos de envidia, todas estas cosas tienen una importancia directa para la política, y especialmente para la política económica y social.

Si la envidia no fuera otra cosa que un proceso anímico más entre otros muchos, tales como la nostalgia, el anhelo, la preocupación, la repugnancia, la codicia y otros semejantes, se podría admitir, sin más averiguaciones, que la mayoría de los hombres saben, por lo regular, en qué consiste la envidia. Aun así, siempre merecería la pena —y para algunas ramas, como la psicología infantil, la pedagogía o la psicoterapia sería una tarea muy importante— ordenar sistemáticamente y organizar dentro de una teoría todos nuestros conocimientos sobre la envidia. Esta es la meta que se ha fijado este libro.

De la justa apreciación del potencial de la envidia, de la recta comprensión de su omnipresencia y tenacidad, depende también hasta qué grado sabrá imponerse la razón, en los decenios siguientes, en la legislación de cada uno de los países democráticos, en las relaciones internacionales y en los llamados «países en vías de desarrollo».

La soledad del envidioso

Hay un hecho evidente que revela que la envidia es un comportamiento social, es decir, un comportamiento necesariamente referido a terceros: el hecho de que el envidioso sólo puede sentir envidia cuando hay otras personas con las que, por otra parte, no puede entablar, en general, contactos sociales. El acto del amor, los sentimientos amistosos, la admiración, todas estas actitudes frente a otras personas cuentan con una respuesta, un reconocimiento, esperan un vínculo de unión. Nada de esto ocurre con el envidioso. Éste no quiere —salvo en casos excepcionales— ser reconocido como tal por el envidiado, no quiere establecer contacto con él. El acto puro de la envidia podría describirse así: cuanto más cuidadosa e intensamente se ocupa el envidioso del otro, tanto más se concentra —con auto-compasión— en sí mismo. No es posible envidiar sin conocer al otro —al valor envidiado— o al menos sin imaginárselo. Pero, contra-

riamente a lo que ocurre en otras actitudes frente a los demás, el envidioso no puede esperar en respuesta un sentimiento recíproco. No quiere una «contraenvidia», una «envidia recíproca».

Desde siempre se ha advertido que el envidioso apenas siente interés ninguno en hacer una especie de transferencia que le convierta en propietario de los valores envidiados a un tercero. Quisiera ver al otro robado, despojado, expoliado, humillado, lastimado, pero casi nunca se imagina las cosas a modo de traspaso en beneficio propio de los bienes de otros. El envidioso químicamente puro no es ladrón ni estafador. Cuando la envidia se refiere a cualidades personales, por ejemplo el poder o el prestigio de otra persona, la posibilidad del robo queda excluida en razón de la cosa misma. Se desea que el otro pierda su estima, su habilidad, su buena presencia o su virtud. Y eso es todo.

Los motivos de envidia, las incitaciones o puntos de partida para sentimientos envidiosos están presentes por todas partes. La intensidad de la envidia apenas si tiene nada que ver con la magnitud del valor envidiado; depende más bien de la distancia social entre envidiado y envidioso. La madurez personal conseguida por el propio esfuerzo, en virtud de la cual un hombre puede dominar la envidia, no es una cualidad que se encuentre por doquier. Las causas del diferente *rol* o eficacia de la envidia en las distintas sociedades deben, por tanto, buscarse en las concepciones ideales e ideológicas de las respectivas culturas. Tanto los envidiosos, que de alguna forma tienen que afrontar el hecho de la desigualdad, como los envidiados, que intentan protegerse (y estos dos procesos intrapsíquicos pueden darse al mismo tiempo en una misma persona) deben sentirse interesados por los sistemas de creencias, por los lemas y las ideologías, etc., que permiten una relativa desaparición de la envidia, de modo que pueda implantarse una tolerable convivencia diaria libre de estridencias.

Suerte y desgracia

No es cierto —contra lo que algunos críticos de la sociedad parecen creer— que sólo estén interesados en las ideologías represoras de la envidia algunos círculos de los agraciados por la suerte, por la